

Características de la Economía Chilena

Iniciamos la publicación de un extraordinario análisis de la situación en que se halla la economía de Chile, sus causas y consecuencias, elaborado por los economistas de la Comisión Nacional de Estudios Técnicos del Partido Socialista, de la que es jefe el ex-senador Humberto Martones Quesada. Con este trabajo, el Partido desea contribuir con otro serio aporte a la dilucidación de los problemas que aquejan al país y, particularmente, a la clase asalariada, aporte que servirá, tanto a los estudiosos de las cuestiones económicas, como a los militantes de los partidos populares y al pueblo en general. La extensión del estudio nos obliga a publicarlo parcialmente, pero hemos tenido especial cuidado de hacer de cada fragmento un todo orgánico que aborda, en lo posible, un aspecto integrado del análisis.

I

Si pudiésemos observar a Chile desde un punto situado en lo alto del espacio comprobaríamos que es lo que, con razón, se ha llamado "una larga y angosta faja de tierra", atrapada por la Cordillera de los Andes por el Este y el Océano Pacífico por el Oeste, entre los 17° 38' y los 56° 32' de latitud Sur. Su anchura fluctúa entre los 100 y los 350 kilómetros. Ya Alonso de Ercilla había dicho en "La Araucana" que Chile "tendrá de este a oeste de angostura, cien millas por lo más ancho tomado", acierto formidable, tanto poético como geográfico, si se toman en cuenta los escasos conocimientos de la época en que se escribieron estos versos.

Como si un genio caprichoso se hubiese entretenido en desparramar al S.O. de la América del Sur los elementos materiales que yacían sobrantes en algún rincón del cosmos, resultó un territorio distorsionado y anárquico dentro del cual se suceden y entremezclan las montañas y los ríos, los volcanes y los desiertos, los valles y las colinas, los páramos y los bosques, las islas y los canales, las serenas bahías y las costas abruptas, los ventisqueros y los lagos. Y como si ésto fuera poco, en 1940 se incorporó a la soberanía nacional un sector de la Antártica, cuya extensión, aún inexplorada, abre inusitadas perspectivas por la riqueza de sus mares y los tesoros que se ocultan bajo una capa de hielos eternos.

Los obstáculos naturales que delimitan su territorio hacen de Chile "el último rincón del mundo". La cordillera de los Andes, cadena montañosa, erizada de volcanes, segunda por su altura en el mundo, lo separa de Bolivia y Argentina, y un desierto amplísimo pone

una distancia ardiente y desolada entre Chile y el Perú, por el Norte. La Línea de Concordia, frontera convencional y sinuosa que toma dirección N.E., trazada 10 kilómetros al Norte del ferrocarril de Arica a La Paz, marca el límite —desde 1929— entre los dos países. Pero si bien estos límites naturales lo aíslan de sus vecinos septentrionales y orientales, la naturaleza, talvez a manera de compensación, quiso darle una amplia fachada marítima de 4.200 kilómetros en línea recta, cifra que se eleva a cerca de 10.000 kilómetros, si se consideran los contornos de las innumerables islas que acompañan su desmembrado litoral de la región austral" (Anuario de la DIC 1946).

La superficie de Chile, sin contar el territorio antártico, alcanza a 742 mil kilómetros cuadrados, a los cuales habría que agregar unos 2.000 kilómetros más con que contribuyen algunas islas alejadas de las costas, como las de Juan Fernández, San Ambrosio, San Félix, Salas y Gómez y Pascua.

Cerca de ocho millones de habitantes pueblan el territorio continental e insular chileno. De acuerdo con la literatura en boga, esta población, racialmente integrada, con escasa proporción de indígenas y de extranjeros puros, ha adquirido "cierto sello de originalidad", con usos y costumbres propias y un tanto diferentes de los de sus demás congéneres de América. El aislamiento obligó, talvez, al hombre chileno a crearse medios propios de vida a través de la explotación de los recursos naturales del país. El avance del imperialismo en el mundo, a partir del tercer cuarto del siglo pasado, determinó el enajenamiento de las riquezas básicas, especialmente mineras, al capital foráneo. Así se de-

sarrolló una plutocracia que, agregada el sector latifundista y feudal originado en la colonia y fortalecido política, social y económicamente durante los primeros cincuenta años de vida independiente, adquirió preponderancia en el manejo de los destinos del Estado chileno. El equilibrio social, logrado después de la consolidación política a mediados del siglo XIX y sustentado en una economía predominantemente agrícola y en la existencia de clases sociales bien definidas, comenzó pronto a resquebrajarse y aparecieron los primeros síntomas evidentes de contradicciones internas. El progreso de los medios de comunicación facilitó, a su vez, especialmente a comienzos del presente siglo, el contacto de los chilenos con el resto del mundo, y junto con los recursos de la técnica, se infiltraron en el país las nuevas ideas políticas y sociales. Su impacto sobre las conciencias determinó que el pueblo chileno comenzara a descubrir su propio país, y a percatarse de su condición dependiente del imperialismo extranjero y de sus posibilidades económicas, sociales y políticas, limitadas por la injusticia y el egoísmo con que la clase social que, desde la época de la independencia detentaba el poder, había gobernado a la nación.

Sobre el complicado substrato geográfico chileno y las espaldas de un pueblo sufrido e inculto, pero profundamente patriota, se desarrolló una economía de lucro, orientada sólo hacia el beneficio de latifundistas y comerciantes primero, y de empresarios extranjeros, después. La configuración sociológica de Chile reproduce el esquema fundamental de los países semi-coloniales o sometidos a la presión imperialista; a) un grupo de latifundistas, grandes comerciantes, empresarios industriales y mineros, profesionales, constituyeron, a lo largo de la vida de la República, la gran burguesía detentora del poder económico y político; b) campesinos (inquilinos, medieros o trabajadores ocasionales), empleados públicos y particulares de escasos ingresos, artesanos y pequeños comerciantes, formaron el proletariado nacional.

Entre estos dos grandes conglomerados sociales surgió lo que suele llamarse una "clase media" o pequeña burguesía, de mayor cultura y de ingresos económicos superiores al proletariado, compuesta de profesionales, propietarios rurales, industriales y comerciantes medianos, empleados públicos y particulares, artesanos y obreros calificados. Esta clase media, ya a fines del siglo pasado, irrumpió tímidamente en la vida política bajo la inspiración de un liberalismo renovado y progresista y de las primeras ideas socialistas

que llegan al país, luchando por reivindicaciones como la separación de la Iglesia del Estado, la jornada de ocho horas, la obligatoriedad y laicidad de la enseñanza, etc.

A partir de 1920, la clase media chilena, en compromiso con los partidos tradicionales, logra cierta intervención en el manejo político y administrativo del país; pero, debido a esos mismos compromisos, pierde el impulso renovador y cae en el arribismo y el burocratismo, fenómenos que caracterizan hoy toda la actividad política y social de los partidos representativos de la pequeña burguesía. El ejemplo de la revolución soviética, las nuevas condiciones de expansión del imperialismo después de la primera guerra mundial, los movimientos sindicales, gremiales y estudiantiles en lucha por reivindicaciones económicas y culturales, configuraron, en América Latina y en Chile, un nuevo esquema político y social, y determinaron el nacimiento de partidos políticos de clase, como el socialista y el comunista.

Las clases dirigentes chilenas continuaron sin embargo, en las últimas décadas, con excepción de los años de gobierno del Frente Popular, entregando el patrimonio nacional al imperialismo extranjero y tratando de salvar las sucesivas crisis económicas con arbitrios extraídos del pensamiento económico liberal. No sólo las riquezas naturales, sino también el comercio exterior y los lineamientos fundamentales de la política interna y externa, han caído bajo el control foráneo, especialmente el Departamento de Estado norteamericano. La lucha de los partidos populares se orientó, en un comienzo, a apoyar las reivindicaciones económicas de las masas trabajadoras y a denunciar la intervención del imperialismo, como, asimismo, a clasificar su propio pensamiento político. Estos partidos, hoy ya maduros, aspiran a la conquista del poder político para realizar los cambios estructurales que el mundo moderno requiere. Una de sus preocupaciones principales, como paso previo hacia la conquista del poder, es el estudio de la realidad nacional, tanto económica como social, y los fundamentos para una futura acción de gobierno en beneficio colectivo, en favor de las grandes masas trabajadoras manuales e intelectuales y no de una sola clase social y del imperialismo extranjero, como ha ocurrido hasta ahora.

A esos últimos objetivos responde el presente trabajo, elaborado por una comisión de economistas jóvenes del Partido Socialista. El panorama que en él se ofrece no es, de ninguna manera, exhaustivo, pero da a conocer los rasgos más sobresalientes de nuestra agri-

cultura, de nuestra minería, de nuestro comercio exterior, de la política fiscal y monetaria; señala sus defectos y sus logros; analiza nuestro proceso de industrialización y las incidencias de la presión imperialista en él y en la vida del pueblo chileno, etc. etc., y plantea la nueva alternativa que ofrece el movimiento de izquierda representado por el FRAP para una solución en profundidad del problema económico de Chile que cale hondo en las causas que han llevado al país a la situación de pobreza en que se encuentra, a pesar de contar con recursos materiales y humanos evidentemente favorables.

Al publicar este trabajo el Partido Socialista desea contribuir con otro serio aporte para la dilucidación de los problemas que nos aquejan, aporte que sirva, tanto a los estudiosos de las cuestiones económicas, como al pueblo en general y a los militantes de los partidos populares en particular para avanzar desde las actitudes y formulaciones meramente emotivas o de las simples consignas políticas o electorales, hacia la comprensión del frío pero elocuente lenguaje estadístico y científico. Ese es el lenguaje que, fundamentalmente, se utiliza en este estudio, despojado de adornos literarios y demagógicos. Sólo en muy contadas partes, y cuando la materia en análisis así lo requiere, se hacen acotaciones de carácter político general ya que todo él es, en el hecho, un documento del más alto valor político.

Características de la economía chilena

Para el observador europeo, Chile —como otros países latinoamericanos— parece que tu-

viera un vasto potencial económico sin explotar, sobre todo porque el Gobierno (utilizando ese término en su más amplio sentido de suma total de instituciones políticas), no ha sido capaz de crear el ambiente social e institucional adecuado para el empleo efectivo de los recursos.

No cabe duda que la combinación de recursos naturales y humanos del país es tan favorable como la de las naciones económicamente desarrolladas, si no mayor; su clima y geología, sus recursos minerales y la fertilidad potencial de sus suelos, la vitalidad natural e inteligencia de su población que desciende de una mezcla de razas europeas que se han desarrollado en un ambiente climático similar, aunque distinto a las condiciones sociales que priman en América del Norte, han producido resultados espectaculares. A juzgar por cualquiera de estos elementos, Chile está en condiciones favorables para alcanzar un alto nivel de producción y elevados niveles de vida, semejantes, por ejemplo, a los de Suiza y Suecia. Sin embargo, su ingreso por habitante, de unos 290 dólares a precios corrientes, representa menos de la tercera parte del que se registra en las ciudades de esos dos países; y debido a la desigual distribución de su riqueza, al nivel de vida de la gran masa de población, quizá no represente ni la sexta parte del de Suecia. A diferencia de vastas regiones de Oriente y de algunas zonas de Centroamérica, no se puede afirmar de ninguna manera que Chile sea un país sobrepoblado en relación con sus recursos naturales. Por ejemplo, la tabla siguiente muestra la situación con respecto al terreno agrícola.

Superficie agrícola de cultivo por habitante

País	Hectáreas por Habitante	País	Hectáreas por Habitante
Chile	1,20	Turquía	0,95
Argentina	1,78	Dinamarca	0,63
México	0,79	Francia	0,51
India	0,29	Japón	0,07
Egipto	0,12	Italia	0,36
Holanda	0,11	Inglaterra	0,15

Sin embargo, mientras Dinamarca y Francia, por ejemplo, se autoabastecen, Chile ha debido aumentar peligrosamente sus importaciones de alimentos. La insuficiencia agrícola —como se verá más adelante— tiene una serie de repercusiones sobre la estabilidad y el crecimiento económicos.

A quien realice un análisis de Chile, le quedarán pocas dudas de que si éste fundamen-

talmente continúa siendo un país poco desarrollado — y así debe clasificarse por el nivel de vida de la gran mayoría de la población— el hecho debe atribuirse forzosamente a factores de carácter predominantemente político-social que frenan el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, esto es, al predominio de grupos sociales tradicionales en el manejo del país. Debido a dichos factores, el grueso de

la población chilena no se ha beneficiado del proceso acumulativo que al mejorar los niveles de vida aumenta la eficiencia, a través del estímulo que se da a la educación, por los mayores incentivos para el progreso y la mayor vitalidad y energía física que conducen, a su vez, a un nuevo mejoramiento de los niveles de vida. Si se consideran los últimos 10, 20, 50 o 100 años, no hay duda que ha habido un continuo crecimiento económico por habitante, así como un incremento de la producción total. No obstante, las tasas de crecimiento se han rezagado en comparación con las de otros países más prósperos que han ofrecido pequeños beneficios tangibles a los campesinos y a las clases más bajas en general. Esta situación, unida a varios sucesos mundiales y regionales, ha originado una "revolución de las expectativas" que, a su vez, ha sido reforzada por la crisis de crecimiento por la que atraviesa el país desde 1955 y que ha culminado recientemente en una peligrosa situación de semi-falencia fiscal y de bancarrota en el comercio exterior.

En realidad, la impresión general es que los obstáculos que se oponen a un mejoramiento acelerado no son ni naturales, ni técnicos, ni económicos sino esencialmente políticos, y que derivan de las contradicciones constantes entre los intereses particulares de determinados grupos y clases por una parte y el interés colectivo por la otra. Reflejan la falta de un mecanismo institucional adecuado para la resolución de los problemas y la satisfacción de las transacciones sociales. Por supuesto, para apreciar el éxito de cualquier sociedad sería un criterio esencial conocer si dispone de expedientes eficaces para la solución de esos conflictos. En una sociedad capitalista competitiva o cuasicompetitiva los conflictos se dirimen a través del mecanismo impersonal del mercado. En un estado socialista o en una economía planificada se resuelven mediante el mandato de las autoridades, quizás con mayor justicia, aunque desplegando cierto grado de autoridad y compulsión. Las dificultades en países como Chile surgen del hecho de que los gobiernos, al influjo de distintas presiones políticas de clase, han estado dispuestos a abandonar el empleo del mercado impersonal como árbitro, sin erigir ningún instrumento eficaz alternativo que armonice o compagine los intereses privados y los de la colectividad en general.

También es curioso constatar como, en un país dependiente en tal alto grado de un país maduro —cual es el caso de toda América Latina— se encuentran amplificadas casi las mismas enfermedades que aquejan a la na-

ción madura. Chile se ve aquejado simultáneamente por la inflación, el desempleo, el uso deficiente de la capacidad instalada, el vertiginoso crecimiento de actividades improductivas y el pesado fardo de los gastos militares. Esto, unido a la desigual distribución del ingreso, a su característica de país monoexportador y al desarrollo desequilibrado, configuran un cuadro típico para los países "del patio trasero" de los Estados Unidos.

No obstante, Chile tiene algunos rasgos que lo distinguen de sus vecinos. En este contexto llaman la atención dos cosas que niegan en gran medida dos ideas muy en boga entre los que se han preocupado del crecimiento económico. Una se refiere a la homogeneidad de su población dentro de la cual la población indígena tiene escasa incidencia, lo cual estaría señalando que la "composición social" favorable no conduce al desarrollo por sí misma, ni es causa fundamental del atraso.

La variable importante parece ser más bien el nivel educacional.

El otro punto es la notable estabilidad política que hace de Chile el país más destacado en este sentido. La última revolución que se resolvió por un enfrentamiento armado tuvo lugar en 1891. En 1930, hubo un golpe militar incruento y prácticamente desde ese año, los gobiernos se han sucedido regularmente mediante procesos electorales. Esto a su vez negaría la tranquilidad sociopolítica que es requisito esencial para el crecimiento. Por el contrario, queda cada vez más en claro, a la luz de la experiencia chilena y mundial, que el desarrollo económico no procede suave y armónicamente. Sufre avances y retrocesos, progresos y detenciones motivadas por los conflictos entre las "élites" dirigentes. Marx, y posteriormente Rostow, describen acertadamente cómo los conflictos entre los sectores tradicionales y los en ascenso, con motivaciones, hábitos, objetivos y métodos distintos, tienen un impacto decisivo en la estructura económico-tecnológica que prevalece en la sociedad. El último enfrentamiento de esta naturaleza ocurrió en Chile en 1891 cuando los grupos tradicionalistas ligados a la agricultura y a la minería, derrotaron a la naciente clase industrial, comercial y financiera. En esta lucha las potencias industriales de la época jugaron destacado papel y, merced al triunfo del bando rebelde que derribó al Presidente José M. Balmaceda —hombre que planteaba ideas de cambio notables para su tiempo— consiguieron el dominio de los recursos minerales básicos del país. El cobre, el carbón y el salitre hasta hoy están en manos de consorcios interna-

cionales, la mayoría de ellos norteamericanos. Este fenómeno es de gran importancia, porque define numerosas características de la política interna y externa de Chile, así como su esquema de acción económica.

La lucha entre grupos sociales con intereses contrapuestos se diluyó mientras Chile se desarrollaba, pero emergió con mayor fuerza tan pronto se entró en el período de decadencia. Hubo golpes militares y convulsiones sociales en 1930 a raíz de la depresión mundial y el desplazamiento del salitre chileno por el nitrógeno sintético, que se reflejaron en el escenario político con el triunfo presidencial de la izquierda (una izquierda más emocional que preparada) en 1938.

A ello siguió la crisis derivada del terremoto de 1939 —que costó cerca de 40.000 vidas— que enervó la acción gubernamental conduciendo a un impulso económico. En esos años se inicia la industrialización chilena sobre la base de crear la infraestructura económica y substituir importaciones. El proceso prosigue casi 10 años sin muchos obstáculos. A partir de ese año comienzan a rebrotar los antagonismos y a evidenciarse las fallas estructurales socioeconómicas, niveles "record" de producción y Chile no tiene problemas de balanzas de pago —posterga de nuevo los conflictos alcanzándose una especie de "empate social" entre la burguesía y la aristocracia semifeudal. La primera se asienta en el sector industrial y comercial; la segunda se atrinchera en la agricultura y en la minería, donde se coaliga a los capitales y empresas extranjeras.

Con posterioridad a la segunda guerra mundial y al auge económico provocado por la guerra de Corea, Chile empieza a precipitarse en la postración. El proceso se acelera a partir de 1955. La intranquilidad social crece y se va sedimentando una alineación política claramente definida que representa casi perfectamente a la aristocracia, la clase media y la clase trabajadora. La última elección presidencial muestra el aumento sorprendente de la izquierda integrada en el Frente de Acción Popular que asocia férreamente (tal vez caso único en el mundo) a socialistas y comunistas.

La revolución cubana ha tenido un impacto popular enorme en Chile, ayudando adicionalmente a la definición de los bloques políticos que ya se están preparando para la elección presidencial de 1964. Según muchos observadores, la izquierda tiene grandes posibilidades de obtener un triunfo electoral en esa oportunidad, con lo cual USA y la OEA

se encontrarían frente a un país que decide darse un sistema socialista por la vía de las elecciones libres, y aceptablemente democráticas.

Ello es importante porque lo que sucede en Chile, que es el país más maduro políticamente de América Latina —con la probable excepción de Cuba— casi con toda seguridad abrirá las rutas para que desplazamientos políticos similares ocurran en las otras naciones de Latinoamérica. Y es por eso que el escenario político chileno es escrutado con atención por las naciones vecinas y especialmente por Estados Unidos. Lo anterior también es válido para las experiencias económicas. Chile y sus economistas se han beneficiado por el hecho de que Santiago es la Ginebra de Latinoamérica. Numerosas Agencias de la NU y otros organismos internacionales funcionan en la capital, entre ellos la FAO y especialmente la CEPAL (Comisión Económica para América Latina de la NU) han dejado honda huella en el plano económico, en cuyo contexto Chile ha sido pionero en muchos sentidos.

El acervo de recursos naturales

Es útil tener presente el acervo de recursos naturales y de población dentro de los cuales se desarrolla la actividad económica chilena.

Agricultura.— Las condiciones agrarias de Chile son de carácter diverso debido, más que nada, a la extensión longitudinal (más de 4.000 kilómetros) que hace aparecer en él una muy variada gama de climas; pero, además, la geología, morfología y mesología de cada región son también distintas, de modo que resulta imposible definir como un conjunto uniforme al Chile agrícola.

De los 74 millones de hectáreas con que cuenta el país, cerca de 30 millones son aptos para usos agrícolas y ganaderos y algo más de 11 millones de hectáreas son cultivables. Por otro lado, los terrenos boscosos ascienden a 21 millones de hectáreas, con lo cual más del 70% de la superficie total puede ser utilizada por la agricultura y la explotación de maderas.

Con los recursos disponibles, Chile podría auto-abastecerse de todos los productos de la tierra produciendo internamente todo aquello que del suelo pueda obtenerse e importando el resto (productos tropicales fundamentales) importaciones que pueden más que balancearse con los saldos exportables de muchos rubros de la producción agrícola chilena.

Recursos marinos.— Están constituidos por:
a) algas que se utilizan como alimentos y fuente de algunos productos industriales. No se aprovecha la posibilidad de obtener de ellas forraje complementario para ganado y aves, sometiéndolas a algunos procesos sencillos y no muy caros.

b) La fauna marina es muy diversa y abundante a lo largo de todo el litoral. Es importante anotar que la explotación puede llegar a ser varias veces la actual, sin que ello signifique afectar la capacidad de producción del actual cuántum marino, esto es, de las reservas biológicas de nuestro mar.

c) El mar, considerado ahora como ruta de transporte, ha sido y es poco explotado. Considerando, sin embargo, la gran longitud y escasa anchura, del país, parece indispensable e inevitable que debe aumentarse el cabotaje nacional, ya que el transporte marino es el más barato a grandes distancias.

Recursos minerales.— La producción minera es de tipo metálico y no metálico. En el primer grupo destaca el cobre, del cual Chile tiene la tercera parte de las reservas conocidas. Luego hay que mencionar al hierro y también al oro y la plata. El segundo grupo es más variado, destacando aquí el salitre, el carbón, el petróleo, el azufre y las calizas y mármoles.

Las reservas conocidas de salitre, al actual ritmo de explotación, alcanzan para más de 120 años. Los yacimientos de azufre son los más importantes del mundo. Las reservas de calizas superan los 80 millones de toneladas y constituyen la base de la industria de cemento. Como ilustración, se incluye el siguiente detalle de reservas chilenas de los más importantes minerales:

Mineral	Cantidad (millones de tons.)	Ley
Cobre	28	fino
Hierro	200	60%
Hierro	200	35-40%
Manganeso	10	30%
Salitre	200	98%
Yodo	2	Sublimado
Azufre	40	50%
Calizas	80,200	95%

La Población.— La población chilena en 1961 llegó a 8 millones. De cada 100 de ellos 48 son hombres y 52 son mujeres; 60 viven en las ciudades y 40 en las áreas rurales; 45 son

menores de 14 años y 55 tienen edades superiores, 40 son analfabetos absolutos o desuso y el resto lee y escribe. Estas cifras son demostrativas del abandono cultural en que las clases dirigentes chilenas han mantenido al grueso de la población negándose sistemáticamente a otorgar en el Presupuesto los recursos adecuados para hacer progresar el sistema educacional.

La población crece un 2,5% acumulativo anual, tasa que puede aumentarse si disminuye la mortalidad infantil (15%), los partos prematuros y la mortalidad general que aún son elevados.

El chileno medio mide entre 1,65 mts., y 1,70 mts. si es varón; y entre un 1,55 mts. y 1,60 mts. si es mujer. Al nacer tiene una esperanza de vida de 48 años; su edad media es de 20 años, Chile tiene —como casi todos los países subdesarrollados— una población joven. En cuanto a educación, (el chileno medio estadístico) posee solamente 3,5 años de enseñanza primaria. Está muy desnutrido, siendo muy propenso a enfermedades; 8 de cada 100 visitan los hospitales anualmente donde sólo hay 4 camas por cada 1.000 habitantes.

En cuanto a su participación política, de cada 100 habitantes hay 25 que cumplen con los requisitos legales exigidos para ejercer el derecho a sufragio, esto es, mayores de 21 años que sepan leer y escribir. De este número sólo 18 están inscritos como votantes y únicamente 14 ejercen ese derecho, que a la vez es un deber cívico.

De cada 100 habitantes, 36 son población activa y a su vez de cada 100 de población activa, 63 laboran en actividades “productivas” —30 en la agricultura— y 37 prestando servicio; 76 son obreros, 15 empleados y 9 empresarios patronales.

Crisis de estagnación.— Los grandes indicadores económicos comenzaron a mostrar un peligroso tren —acentuado a partir de 1955— que apuntaba en dirección a una crisis futura. Esta se produce en el verano recién pasado, diciembre de 1961-marzo de 1962. La cifra que sigue muestra la línea gruesa de esa tendencia, motivada, según los economistas chilenos y extranjeros que se desempeñan en este país, por la aplicación de un plan antiinflacionista recomendado por una Misión privada norteamericana y posteriormente impuesto por el Fondo Monetario Internacional, cuya estrategia de ataque estaba básicamente mal concebida, para los intereses de Chile, aunque podía considerarse favorable a los intereses norteamericanos:

Indicadores Macro-Económicos
(en porcentajes)

Años	Ingreso por habitante (US\$)	Tasa de inflación	Tasa de Déficit Fiscal	Tasa de la capacidad instalada	Tasa de déficit de balanza de pagos	Valor de las exportaciones de Bienes y Servicios (Millones de US\$)	Deuda neta Externa	Deuda neta interna (en millones de Escudos de 1960)
1955	330	75	11	70	—	535	338	125.6
1956	320	66	11	—a/	—	545	342	109.6
1957	331	29	14	66	26	458	411	116.0
1958	328	26	17	—a/	20	435	525	121.4
1959	320	38	19	64	5	417	540	238.7
1960	316	11	22	—a/	22	543	580	332.8
1961	295	7	23	60	30	488	910	391.6

a/ No hay información

A la luz de las cifras anteriores —todas ellas procedentes de fuentes oficiales— se puede tener una idea de lo grave que se ha tornado la situación económica chilena. El cuadro es sombrío, especialmente si los guarismos se examinan con un sentido dinámico. Así, el ingreso por persona ha tenido una pérdida de US\$ 35 para cada chileno entre 1955 y 1961; las exportaciones de bienes y servicios per cápita en dólares bajaron de 79 a 62. En cambio, cada chileno vio aumentar lo adeudado al exterior de US\$ 50.— a US\$ 115 y lo adeudado internamente por el Estado de E° 18 a E° 50, todo ello entre 1955 y 1961.

El ítem de la deuda externa es especialmente peligroso porque, si hipotéticamente se pretendiera cancelar rápidamente los fondos netos adeudados en el exterior, (las cifras son netas, es decir, no incluyen los intereses ni otros cargos que incrementarían la cifra neta), Chile debería dedicar todo el valor de su exportación a ese fin durante 1,9 años, es decir, ha comprometido sus exportaciones casi durante dos años. Estos créditos son a un plazo que fluctúan entre 6 y 7 años y su sola **amortización** ocuparía durante ese lapso cerca de US\$ 150 millones, lo que representa alrededor de un tercio del valor de sus exportaciones.

Ahora bien, esto puede visualizarse desde el ángulo del chileno "medio estadístico" el cual dispone de un "sueldo" de US\$ 295 y una deuda al exterior de US\$ 115 y otra interna de E° 50 en 1961; la suma de sus deudas le significa más de la mitad de su "sueldo". En 1955 —que también fue un año crítico— su situación era mejor, pues "ganaba" US\$ 330 y

tenía compromisos por US\$ 50 y E° 18, lo cual era algo más que una quinta parte de su ingreso.

Como el cuadro demuestra, todo ese proceso de incremento del endeudamiento no se tradujo en aumentos de la producción. De haber sido así, la cifra de ingreso por persona habría crecido o a lo menos se habría mantenido constante. Ello no fue así.

Toda deuda significa "actualizar" ingresos futuros, gastar hoy los ingresos que se producirán en periodos venideros. Con ello se aumentan las disponibilidades actuales a costa del futuro. El factor sacrificio actual es transferido vía créditos a los niveles de vida posterior. Ello no sería tan grave si los créditos generaran frutos productivos que acrecentaran la base del ingreso en los años que siguen, con el objeto de que se cancelen los créditos usados, pero, como se ha visto, existen evidencias de que eso no ha sucedido. En consecuencia, debido a la terquedad de algunos sectores de la población que rehusaron aceptar una reordenación o remodelamiento estructural interno. El país parece haberse precipitado en el "círculo vicioso del endeudamiento externo" con todas las repercusiones económicas y políticas que ello implica, tanto en el plano interno como en el internacional.

Por último, el cuadro anterior también señala que se disminuyó la cadencia inflacionaria; sin embargo, el precio a que esto fue logrado parece excesivo.

La inflación crónica se había convertido en la "bestia negra" de la economía, atribuyéndose a ella males que en verdad no eran causados tanto por el fenómeno inflacionista como

por otras causas más profundas, que incluso dieron origen y alimentaron justamente el fenómeno.

En Chile la inflación ha sido un mal endémico desde la década del 70 en el siglo pasado.

I. La inflación en el pasado

Desde el año 1870 hasta fines de la primera guerra mundial, Chile fue estrictamente una sociedad de dos clases, con predominio de un grupo de mineros, agricultores y comerciantes —denominados popularmente “oligarquía”— sólidamente unidos por lazos familiares, sociales y financieros, que monopolizaba el poder político. Dos rasgos salientes del problema económico actual, como en toda América Latina, han subsistido desde esa época: una marcada repugnancia de las clases propietarias a los impuestos y a la disciplina monetaria y su desmedida afición al ocio y a los más costosos aspectos del nivel de vida de países avanzados, es decir, sus desmesuradas aspiraciones de consumo.

La bonanza del salitre permitió y fomentó ambas cosas. Después de derribar en 1891 a un presidente que pretendía canalizar la riqueza salitrera hacia el desarrollo interno mediante la imposición de algunos impuestos a la explotación de ese recurso, la “oligarquía” utilizó aquellos para eliminar todos los gravámenes que pesaban sobre la agricultura. La casi completa dependencia de las finanzas fiscales de impuesto a la exportación era, naturalmente, una fuente de inestabilidad cuando los precios y niveles de los bienes exportados caían. La crónica demanda de créditos fácil para los agricultores —intensificada cuando disminuían (los ingresos fiscales) derivados del comercio exterior— y la oposición de los banqueros a los controles de crédito, allegaba leña a la hoguera inflacionista, pero constituyeron un pingüe negocio para los latifundistas chilenos, los cuales gozaron de créditos a largo plazo que pagaron con moneda depreciada.

Los otros elementos contemporáneos de la inflación emergieron entre 1920 y 1938. Ellos fueron: 1) nuevas combinaciones políticas que desalojaron parcialmente a la oligarquía de sus posiciones políticas monopólicas, pero sin quitarles los enclaves que originan su poderío económico; 2) el debilitamiento, y finalmente, el colapso del salitre que intensificó el problema de hacer calzar las aspiraciones económicas de los nuevos grupos sociales con los de los grupos tradicionalistas. A partir desde entonces la inflación comienza a tomar una forma compleja y multifacética.

La inestabilidad política de esos años (motivada por la falta de crecimiento y oportunidades para la clase media y por la cesantía que originó el colapso salitrero) culminó con un golpe militar que llevó al poder entre 1927 y 1931 al general Carlos Ibáñez del Campo. Bajo el dominio castrense se realizaron varias reformas que eran deseadas por los partidos de clase media, se adoptó el “patrón oro” y la estabilidad duró hasta 1931. Un auge espectacular en el cobre, el flujo de capitales extranjeros y un fuerte endeudamiento externo permitieron atenuar la crisis salitrera. Los términos de intercambio alcanzaron entre 1927-30 un nivel que jamás volvieron a recuperar, ni aun después de la segunda guerra mundial. Pero el desplome de los precios del cobre y el salitre en 1931 y la pesada carga del servicio de la deuda externa renovaron la inestabilidad política y la desvalorización monetaria. El Gobierno constitucional se restableció en 1933 pero el régimen moderadamente derechista fue incapaz de satisfacer las demandas económicas y sociales de empleados, profesionales y obreros, de tal manera que en 1938 una alianza tipo Frente Popular ganó la presidencia.

En los 20 años siguientes el Gobierno fue dominado por combinaciones de centro-izquierda, partidos de clase media, que con programas improvisados e incongruentes, que nunca fueron cumplidos y no podrán cumplirse por su misma naturaleza, atrajeron a las fuerzas obreras. Sin embargo, los partidos de derecha remanentes de la vieja “oligarquía”, continuaron manteniendo el control de los medios de comunicación y expresión; una influencia informal en el Gobierno y un poder directo en el Congreso para proteger las clases propietarias de algunos tributos. Con ello hicieron abortar reformas agrarias, constitucionales, electorales y educacionales, de fondo, es decir, esterilizaron los intentos de “reformas estructurales”. A este proceso contribuyó también la falta de consistencia ideológica del partido radical, eje político de aquel Gobierno.

Las nuevas coaliciones nunca fueron capaces de financiar sus ambiciosos proyectos. Los impuestos apenas aumentaron levemente en relación con el Producto Nacional Bruto, en el período de 20 años. Los impuestos directos a la propiedad y a los ingresos elevados decrecieron, siendo compensados con aumentos explosivos de los impuestos indirectos y de los impuestos directos que gravaban paradójicamente a las clases medias y bajas. Los impuestos a las empresas extranjeras oscilantes y que nunca merecieron

la debida atención del Gobierno alcanzaron niveles adecuados.

Los préstamos externos no llenaron el vacío del financiamiento interno, porque en los primeros años de la post-guerra los fondos eran escasos y luego la inestabilidad de la moneda y el balance de pagos hicieron de Chile un deudor poco atractivo.

Las inversiones del Gobierno aportaron la mayor parte de la expansión hidroeléctrica de la post-guerra; virtualmente todos los caminos, ferrocarriles, instalaciones portuarias, cerca de un 50% de las construcciones habitacionales (en gran medida financiadas con fondos de imposiciones para seguridad social) a pesar de una gran escasez habitacional, "cuellos de botella" crónicos en los transportes y racionamientos de energía eléctrica hablan de lo inadecuado de los esfuerzos.

En el plazo de la inversión la Corporación de Fomento (entidad estatal) creó una planta hidráulica, exploró y explota petróleo, dio nacimiento a la industria de azúcar de betarraga y contribuyó a financiar un sinnúmero de empresas privadas mixtas.

Paralelamente, se adoptaron varias medidas para estimular la inversión privada: rebajas y exenciones de impuestos para las industrias nuevas; licencias para la instalación de empresas en línea de producción ya establecidas; subsidios de exportación y tipos especiales de cambios para determinadas exportaciones e importaciones y prohibiciones de importación para ciertos productos que se manufacturaban en el país.

Todas estas medidas fueron estériles y en algunos casos nocivas. Esto coincidió con la emergencia de industrias dedicadas a producir bienes de consumo conspicuos, es decir, suntuarios o prescindibles cuya importación estaba prohibida o muy reglamentada. Algunas de estas empresas son subsidiarias de firmas extranjeras que arribaron para eludir las restricciones.

En general, las sumas de producción de casi todas las industrias chilenas muestran una rápida expansión al principio, hasta que el vacío de la demanda insatisfecha se copó, seguida luego por una estabilización determinada por lo estrecho del mercado interno. Esta última característica proviene de lo relativamente pequeña que es la población y de la desigual distribución del ingreso, lo cual en la agricultura hace que prácticamente un tercio de los habitantes de Chile esté marginado de los mercados, no demandado por la casi inexistencia —o el muy bajo nivel— de los salarios monetarios.

Inflación acelerada

A través de todo el período de post-guerra la clase empresario-propietaria, aunque voceando los peligros de la inflación resistió los intentos de imponer medidas de control crediticio y de cerrar las brechas que permitían la evasión tributaria.

La brusca alza de la tasa de inflación desde 1953 hasta 1955 produjo alarma. Dos factores se habían adicionado a los ya existentes. Uno fue la caída del precio del cobre después de la guerra de Corea, lo cual tuvo impacto en el balance de pago y en los ingresos y déficit fiscales. El otro fue el intento abortado de fijar un tipo de cambio único para simplificar el complejo de sistema de cambios múltiples y reducir los subsidios a ciertas importaciones. Los esfuerzos para retener la expansión crediticia fracasaron como de costumbre y la inflación descontrolada desató una especulación con moneda extranjera, bienes raíces, acciones y bienes de consumo, nunca vistas. Las crecientes presiones sociales, que culminaron en dos huelgas generales en 1955, dieron más impulso al frenesí especulativo.

La Misión Klein-Sacks

El Gobierno de Carlos Ibáñez, quien desde su elección en 1952 (sobre la base de su reputación de hombre fuerte, con inclinaciones populares) había oscilado de la izquierda a la derecha, se decidió finalmente para esta última combinación política. El viraje colocó a hombres de negocios con tendencias conservadoras en puestos claves y en los Ministerios más importantes, y se firmó un contrato con la firma norteamericana Klein-Sacks para que delineara y aconsejara la aplicación de un programa de estabilización monetaria.

Se escogió a esta firma por tres razones: primero su aparente neutralidad y "apoliticismo"; segundo, la experiencia similar en el Perú en 1949 y tercero, la creencia de que los contactos de la firma con Washington y con círculos financieros estadounidenses podría facilitar la consecución de créditos para suavizar el impacto del esfuerzo estabilizador.

El programa propuesto por la Misión partió del enfoque "monetario" en contraposición con el enfoque estructural, que se resumirá más adelante, para atacar la inflación. Su filosofía, además, era esencialmente libreempresista en lo interno y librecambista en lo pertinente al comercio exterior.

Las medidas suponían: 1) la eliminación del déficit fiscal; 2) la racionalización de la abundante y costosa administración pública; 3) el control y encarecimiento del crédito; 4) rea-

justes anuales de salarios inferiores al alza de los precios internos del año anterior y reducción de los salarios reales. La meta a largo plazo era la supresión de los reajustes legales y la vuelta a la determinación de los sueldos y salarios en función de las "fuerzas del mercado", 5) Liberación de precios, mediante la eliminación gradual de los subsidios y controles a bienes de consumo popular y eliminación de los "precios topes" a ciertos productos; 6) Un sistema de tasa doble de cambios que fluctuara de acuerdo a la oferta y la demanda, un tipo de cambio general para todas las transacciones en general, y otro especial para las transacciones de capital y el turismo; 7) La creación de una lista de importaciones permitida y la abolición del sistema de cuotas pre-fijadas. Los importadores debían depositar por periodos fluctuantes entre 30-120 días porcentajes variables del valor de las mercaderías importadas (entre 10% y 1.500%) con lo cual se controlaría indirectamente el nivel y la composición de las exportaciones. Reforma de aranceles destinada a los mismos efectos. Como objetivo ideal la Misión esperaba llegar a una tasa cambiaria única, a la eliminación del sistema de depósitos previos y a confiar únicamente en una completa reforma de aranceles.

Algunas de las medidas eran inmediatas, otras eran a más largo plazo. Las primeras eran: congelación parcial de salarios, límite del crédito, simplificación cambiaria, aumento de impuestos y economía presupuestarias. Las reformas a largo plazo iban a ocasionar el reajuste de la economía chilena y la eliminación de la inflación. Al respecto, cualquier observador calificado puede notar la ausencia de medidas directas para estimular la oferta de bienes y servicios, que es el reverso de la medalla o la contrapartida a las medidas para "gibarizar" la demanda monetaria. Este fue uno de los pecados mortales de la Misión, majaderamente hecho presente por los economistas chilenos, quienes tenían un enfoque que calaba mucho más hondo en las causas profundas de la inflación.

El enfoque estructuralista

La objeción al planteamiento "monetario" se basa en que las políticas monetarias sólo atacan los sistemas de la enfermedad, pero no la curan. Se tienen como causas matrices de la inflación los factores estructurales básicos y se les distingue de los no — estructurales, considerándose entre éstos los circunstanciales y los factores "difusores" o propagadores.

Esencialmente se relacionan los factores "básicos" o "estructurales" con la elasticidad de la oferta y con la rigidez del aparato financiero público. En otras palabras los factores estructurales están relacionados estrechamente con el estado de subdesarrollo de la economía.

Las fallas estructurales económicas —cuya raíz yace en el trasfondo sociopolítico— son: 1) la oferta inelástica. En Chile es especialmente pronunciada la rigidez de la infraestructura de la economía, la cual a su vez determina una falta de flexibilidad de la producción, sobre todo en la agricultura. Por supuesto, forman parte del cuadro los mercados distorsionados de la mano de obra y de capitales. La inelasticidad de la capacidad para importar sus violentas fluctuaciones y la tendencia crónicamente descendente, constituyen capítulo aparte de la misma historia, como asimismo la baja tasa de ahorros y la lenta formación de capital. Otro factor es el desarrollo monopólico de la industria y del sistema de distribución, impuesto por el reducido tamaño del mercado interno y por causas sociopolíticas. A todo ello se agrega la enorme desigualdad en la distribución de los ingresos personales que juegan un rol importante en la deformidad estructural; y 2) La inestabilidad de los ingresos estatales frente a la rigidez de los gastos gubernamentales. Es claro que un país en donde más de la cuarta parte de las entradas públicas depende de las exportaciones de un producto —el cobre— las finanzas públicas se verán afectadas por las fluctuaciones del precio de ese producto en los mercados mundiales; mercados que, por lo demás, están controlados por carteles internacionales y productos que están en manos extranjeras, sobre los cuales el Gobierno no tiene ningún control efectivo. Por otra parte, siendo los gastos ordinarios rígidos, las fluctuaciones afectan la inversión pública, lo que acarrea el desfinanciamiento crónico. Y mientras la reducción de la inversión pública es perjudicial al desarrollo económico, el financiamiento a base de emisiones crea presiones inflacionistas. Además, los obstáculos institucionales dificultan la expansión de los ingresos públicos. La cobranza de impuestos es deficiente, hay evasión en gran escala y se recurre de preferencia a impuestos indirectos, derivando todo ello en un sistema poco progresivo que no sólo agrava la desigualdad en la distribución del ingreso, sino que refuerza la estructura de los impuestos indirectos.

Los factores "no-estructurales" o accesorios son: 1) los factores circunstanciales, tales como los aumentos exógenos de los precios de

importación, las convulsiones políticas, las catástrofes y el intervencionismo estatal contradictorio y desordenado, una administración pública deficiente y cara, la falta de coordinación, la multiplicidad de controles y su mal empleo. Todos estos ejercen presión sobre el nivel de precios; y 2) los factores o "mecanismos de propagación", que son el grupo más preponderante de las fuerzas no estructurales. Son aquellos que agravan el problema y se nutren de él, naciendo como consecuencia la capacidad de ciertos sectores sociales y políticos para defender sus ingresos reales. En esta categoría se incluyen el crédito, los gastos automáticos de sueldos y salarios, los gastos deficitarios del Gobierno y las devaluaciones cambiarias.

Como se ha dicho, los "estructuralistas" sostienen que la política monetaria ortodoxa —de la Misión Klein-Sacks y posteriormente la del Fondo Monetario Internacional— está dirigida sólo hacia los elementos "propagadores". El alma de su estrategia es la reducción de la demanda monetaria. El resultado es que el desarrollo de los sectores más dinámicos se ve reducido al compás marcado por el sector más atrasado; aquel con la oferta más inelástica: la agricultura.

Frente al esquema de acción antiinflacionista recomendado y adoptado por el Gobierno, uno de los economistas chilenos más destacados ha dicho:

"Basta considerar con mínima cautela los supuestos en que descansa la estrategia prevaliente respecto a la estabilidad para aquilatar sus riesgos y debilidades.

"No se trata, como podría creerse, que difiramos rotundamente con su preocupación por disciplinar la demanda y conseguir ajustes atinados en los planes financieros o de política fiscal, entendida generalmente. No hay duda de que tal frente no puede ser descuidado; en especial cuando existe un deslizamiento inflacionario agudo hay una situación de manifiesto desorden en la economía fiscal o monetaria, como se ha registrado en el caso de algunos de nuestros países. De todos modos, aún en este nivel, creemos que la política puesta en práctica ha pecado de omisiones muy graves, como su **indiferencia** por las razones indispensables en el campo tributario y de gastos públicos, que ha contrastado tan significativamente con sus énfasis en las materias monetarias y de comercio exterior.

"La divergencia de fondo reside más bien, en la incapacidad para relacionar las medidas financieras con una política de producción deliberada y activa, que refuerce y oriente

el "ordenamiento" perseguido y cuyo propósito económico primordial es obtener los ajustes de la estructura productiva que son indispensables para tener desarrollo y estabilidad.

"En este sentido nos merecen críticas tanto el criterio "providencialista" de que los equilibrios económicos vendrán por sí sólo en algún plazo, como el otro, que primero hay que lidiar con las tareas de estabilidad para después prestar atención a las exigencias del desenvolvimiento.

"Respecto del segundo enfoque, la experiencia parece sugerir que los eventos que se ponen en marcha cuando no se **consideran** los intereses del desarrollo hacen bien difícil la armonización posterior de ambos objetivos. Desde luego, la disminución casi inevitable de las inversiones internas que acarrea la contracción financiera y la baja de la demanda y los gastos públicos, constituye una derivación gravosa y que hará más difícil el "repechaje" posterior, si es que él se intenta. Por otra parte, ingredientes típicos de las políticas en boga, como el alza brusca de la tasa de interés y la mayor libertad de importaciones, por ejemplo, también implican desaliento o incertidumbre para quienes deben tomar las decisiones de invertir. Y casi no requiere acentuación el hecho de que las condiciones sociales creadas por la terapéutica ortodoxa de la inestabilidad, a la inversa de lo supuesto **por las ideas añejas, no constituyen** el caldo de cultivo más apropiado para emprender en hora oportuna y en forma calculada la fase de reactivación del sistema. Lo más probable es que las tensiones suscitadas amenacen la consecución de ambos objetivos.

"Por estas razones es que muchos estimamos que la estrategia tiene que asentarse en una apreciación simultánea de los dos elementos, cuyo nervio central es la política de producción y cuyos instrumentos complementarios son las medidas financieras, que sólo pueden entenderse y tener valor significativo en el marco de esa política y no aisladamente. En otras palabras, se trata de poner el asunto sobre sus pies y no sobre su cabeza".

El resultado del programa estabilizador

En 1956, se congelaron parcialmente los salarios, pero las presiones sociales reimpusieron en 1958 los reajustes de remuneraciones por el total del poder de compra perdido durante el año inmediatamente anterior, porque desde 1955 cayó el ingreso real de los asalariados redistribuyéndose el ingreso en favor de los sectores de ingresos altos y originándose la

impresión muy difundida de que los sacrificios estaban recayendo únicamente en la clase asalariada. La reducción de la demanda ocasionó desempleo abundante y notable descenso en la tasa de utilización de la capacidad instalada.

Con la ayuda de un crédito de 75 millones de dólares del Fondo Monetario Internacional se unificó el tipo de cambio, creándose las dos áreas deseadas. Paralelamente se adoptó el régimen de listas de importaciones permitidas. Nada se hizo respecto a las medidas más profundas de reordenación.

Muy pronto se volvió a la fijación "política" del tipo cambio oficial, el cual debido a la inflación interna no podía permanecer estático. Sin embargo, el Banco Central no permitió su libre fluctuación.

Una constelación de acontecimientos internos y externos minó aún más las posibilidades de éxito del programa. Dos fueron los principales. Por un lado, el precio del cobre cayó en menos de 4 años desde 44 centavos de dólar la libra en 1951 a 21 centavos en 1958. Debido a la rigidez de las importaciones (alimentos, materias primas y bienes de capital) fue imposible ajustar el nivel de éstas a la nueva situación y para sustentarlas se disminuyeron las reservas del Banco Central y se acudió a préstamos externos a corto plazo. Otra complicación fue la instauración —por razones políticas— de un puerto por el cual se podía importar sin pagar aranceles, para el desarrollo de una provincia aislada por la cesantía. Esto desató las ansias de consumo conspicuos de las clases adineradas y derivó en un derroche y en un contrabando desmesurado. En los últimos años un promedio de US\$ 30 millones se han gastado a través de los "puertos libres" (posteriormente se autorizó otra zona libre en el extremo austral, la primera estaba en el extremo norte).

Los intereses industriales, agrícolas y financieros empezaron a protestar por la restricción crediticia, lo cual culminó en 1958 pocas semanas antes de la elección presidencial que llevó al Poder a Jorge Alessandri, un exitoso hombre de negocios, con ideas conservadoras tanto en lo económico como en lo político, que tuvo respaldo de la derecha chilena y de un grueso sector del partido radical. El cuadro económico general que presentaba el país era desalentador.

Tendencias depresivas

Las tendencias económicas adversas que emergieron paralelamente al esfuerzo estabi-

lizador eran un creciente desempleo, un violento descenso en la construcción y la industria manufacturera, una crisis de liquidez y la disminución del ritmo de crecimiento del Producto Nacional Bruto, que causó la reducción del ingreso por habitante a un nivel de US\$ 290; notoriamente inferior al total de US\$ 340, que existía en 1954. Adicionalmente, varias regiones se veían aquejadas por males específicos. En el Norte, la industria salitrera y las minas de cobre de mediano y pequeño tamaño se veían cogidas dentro de una prensa de costos altos y precios internacionales en descenso; en el Sur, la industria maderera y la del carbón se veían afectadas por el empequeñecimiento de la demanda global, tanto en la parte interna como en la derivada de las exportaciones.

La Misión Klein-Sacks fue desahuciada, pues, perdió su apoyo político, incluso en la derecha y el partido radical, quienes antes de la elección presidencial no desearon verse ligados a un programa estabilizador a todas luces impopular. El puesto de monitor de la política económica del Gobierno fue tomado, primero silenciosamente, y luego abiertamente por el Fondo Monetario Internacional, que —respaldado por el hecho de haber concedido crédito de emergencia— impuso un plan estabilizador casi idéntico, adoptado y tambaleantemente ejecutado. El Presidente Alessandri le dio su apoyo, pues coincidía perfectamente con su propio enfoque. La idea global envolvía un modelo a lo "Adam Smith" 1) Congelación de salarios; 2) Redistribución del ingreso en favor de los sectores empresarios; 3) Estos, que eran supuestamente austeros en su hábito, ahorrarían y luego invertirían provocando un crecimiento económico relativamente rápido; 4) Las "fuerzas libres" del mercado en el plano interno y en el comercio exterior inducirían a ajustes semi-automáticos que eliminarían las empresas y actividades "artificiales", y 5) El movimiento laboral sería minado para evitar presiones sociales solidarias.

Los "porfiados hechos" dieron al traste con el esquema. Alessandri se vio obligado a aceptar cada uno de los puntos programáticos de la plataforma presidencial de la izquierda. Hubo de adoptar una planificación económica e intentar (bajo la presión de la Alianza para el Progreso) la Reforma Agraria, la Tributaria y la Educativa, las cuales han originado conflictos entre la coalición oficialista que respalda al Ejecutivo en el Congreso, formada por la derecha y los radicales.